

El capitán

Su piel, cuarteada y oscura, mostraba el reflejo de mil jornadas en la mar. Su barba, densa y blanquecina, trataba de ser espuma de mar que adquiere la consistencia de las viejas redes que peinan las aguas frías y profundas. Sus ojos emergían de entre las arrugas de su cara como los ojos de buey de cristal de un viejo buque de caoba. Eran de un azul tan intenso que parecía que el mar se le había metido dentro y que de tanto mirarle, le hubiese poseído el alma.

Creció entre redes de pesca, anclas oxidadas, cuerdas con guirnaldas de algas y olor a pescado. Aunque varias familias de marineros trataron de acogerle, él era un alma libre, como una gaviota que se deja volar mecida entre las corrientes ascendentes de los acantilados. El puerto, su escuela; la playa, su hogar; el mar, su vida.

El capitán era un hombre huraño, de pocas palabras, pero noble y honesto. Todos decían que era un tipo raro. Por alguna extraña razón, él vaticinaba el tiempo que les aguardaría a la tripulación de su viejo pesquero. Algunos decían que era por el sabor del viento, que traía aroma a agua dulce como el mensaje encriptado que sólo los que están hechos de sal pueden descifrar. Sin embargo, cuando se echaba a la mar, su voz potente rugía como la de un almirante de goleta liderando con firmeza a la tripulación que obedecía con la certeza de que siempre volverían sanos a la costa y triunfantes en su jornada:

- ¡Preparaos muchachos, se avecina una tormenta!

Cuando los demás patronos veían su barco atado en el puerto, sabían que ese día no debían salir a faenar. Pero a veces, estando lejos de la costa, los vientos se tornaban caprichosos y arrastraban un rebaño de nubes que crecían amenazantes. Entonces, el azul se hacía gris, y la lluvia y el viento formaban una cortina en el horizonte que se expandía engulléndolo todo. El capitán así firmemente el timón con sus ásperas manos, y manejaba con maestría el barco entre las grandes ondulaciones que emergían formando una vasta cordillera viva. Como él solía decir –Con la mar no se puede pelear, hay que bailar con ella-. Y aunque la tempestad pareciera provenir del enfado del mismísimo Poseidón, aquel barco danzaba entre los valles efímeros y cambiantes de aquel mar mil veces surcado.

Pero la calma siempre regresa y el sol siempre termina erigiéndose vencedor y disolviendo a las nubes, dejando el azul del cielo con la mar azul unidos en las dos bandas que forman la única bandera que el capitán conoce.

– ¡Soltad las redes, hoy va a ser un gran día! -gritaba con su voz quebrada y bronca-. Y los marineros sabían que al recoger las redes, éstas aparecerían cargadas de peces vibrantes como eléctricas láminas metálicas, y llegarían a puerto orgullosos con el fruto del mar en su bodega. Porque también el capitán intuía dónde se hallaban los grandes bancos de peces, como si él proviniese de las profundidades y fuerza de vivir en el mar, él fuera mar y la mar su casa.

En tierra, algunos marineros volvían al calor del hogar, donde sus familias les aguardaban como soldados que regresan del frente. Porque las aguas son como impredecibles gigantes que a veces devoranC embarcaciones, cobrándose así el tributo por tanta vida extraída de su seno. Otros, previamente, atracaban en las pequeñas cantinas que salpicaban las viejas y reviradas calles que rodeaban al puerto, donde contaban las innumerables anécdotas acontecidas en altamar. Hasta que finalmente, embriagados por el vino, terminaban naufragando en sus discursos.

Pero al capitán no le esperaba nadie. Huérfano desde muy temprana edad, vio partir a su padre en su barcaza de madera añeja, alejándose mar adentro a golpe de remo a través de la niebla, en un viaje eterno y sin retorno. A su madre, la enfermedad pronto empezó a poblar su interior, como la carcoma, y se fue apagando lentamente. A veces, el capitán cuando navega mira hacia arriba, hacia las nubes de algodón que aparecen aisladas en el cielo, y les ve en su barcaza acompañándole en su rumbo.

Una fría y húmeda noche de invierno, cuando las primeras luces ocres comenzaban a dibujar sobre el horizonte el aura incipiente que auguraba la salida del sol, el capitán terminó de preparar el barco. Dobló las redes con la meticulosidad de un sastre experto, comprobó el estado de la cubierta, del casco y se aseguró del correcto funcionamiento del motor que ya ronroneaba con una cadencia familiar, rompiendo el silencio que imperaba en el muelle. Aún no había amanecido cuando el barco se alejó del puerto lentamente, haciéndose pequeño en la inmensidad del azul. Los cuatro marineros observaban como se alejaba la costa, mientras se dejaban mecer sobre las calmadas aguas que aquella mañana clara les acogía hacia su interior.

- ¡Soltad las redes!, este es un buen lugar- Gritó el capitán a su tripulación que inmediatamente se puso manos a la obra dejando caer bajo el barco la enorme red que se abrió expandiéndose lentamente a medida que el barco avanzaba-. Todo transcurría con normalidad. Ninguna nube se divisaba en el horizonte y el sol calentaba la cubierta invitando a los marineros a charlar animosamente mientras aguardaban la siguiente orden del capitán. Éste, sin embargo y pesar de la tranquilidad, se mantenía en silencio, vigilante, con la mirada fija en la proa. Algo en su interior se removía, y tenía una extraña sensación, como si algo raro fuese a ocurrir.

En ese mismo instante, como si de un fenómeno sobrenatural se tratase, con una fuerza endemoniada, el barco sufrió una sacudida acompañada de un fuerte quejido proveniente de sus viejas tablas, experimentando un vertiginoso giro sobre sí mismo quedando la proa donde la popa, y en la cubierta, los cuerpos de los marineros amontonados. Éstos no habían tenido posibilidad de agarrarse a nada, pues lo ocurrido fue tan repentino como violento. En sus rostros, los ojos abiertos como platos buscaban los de los compañeros que les devolvían la misma expresión, mezcla de asombro y desconcierto. Rápidamente el capitán apagó el motor de forma instintiva y apenas un instante después, una nueva y violenta sacudida tensó las cuerdas que sostenían las redes y arrastró el barco hacia atrás con la fuerza y el paso firme de una cuadriga imperial. Los marineros, sin salir de su asombro, alzaban la mirada buscando al capitán y con él una respuesta. Él, sin soltar en ningún momento el timón, retorció su cuerpo en el interior del puente de gobierno mirando hacia atrás, clavando su mirada en la popa, intentando descubrir qué ser ocultaban aquellas aguas, capaz de remolcarles con semejante empuje. -¡Cortad las cuerdas! Gritó enérgicamente a su tripulación-. Pero en vano intentaron dirigirse hacia la popa, pues las irregulares sacudidas hacían imposible despegar las manos del cabestrante o la baranda a los que se sujetaban para evitar salir despedidos de la cubierta. Al poco, el capitán decidió luchar y encendió aquel viejo motor que despertó con brío, lanzando una bocanada de humo negro. Entonces, las dos fuerzas contrapuestas hicieron crujir a las poleas mostrando grietas como bocas de pirañas cargadas de afilados dientes de astillas, en una lucha desigual entre la máquina y el mar.

El tiempo transcurría en una dimensión paralela a la real, de manera que para aquellos hombres les resultó difícil averiguar si transcurrieron segundos o fueron horas de lucha las que mantuvieron aquellos titanes, en las que el miedo mantuvo a aquellos fuertes marineros paralizados, a duras penas sosteniéndose sobre aquella plataforma que

cabeceaba dando salvajes bandazos. Tanto ellos como el capitán estaban acostumbrados a salir indemnes de fuertes tormentas y galopantes marejadas, y sabían manejarse en situaciones peligrosas y difíciles, pues eran viejos guerreros curtidos por cientos de batallas. Pero aquello era algo muy diferente, algo que jamás habían experimentado y con lo que nunca se habían enfrentado antes.

De pronto, las cuerdas se destensaron, el capitán detuvo el motor y el barco quedó en un inquietante leve balanceo. Era una calma tensa, como aquella que tiene lugar tras un terremoto mientras se espera una réplica. La tripulación se incorporó sin soltarse de las cuerdas a las que se mantenían asidos con tanta fuerza que cada una de las fibras que las formaban moldeaba las palmas de sus manos. El capitán parecía que no respiraba. Un sudor frío bañaba su rostro y vigilante volvió a clavar su mirada en las ondeantes aguas que rodeaban al barco. En ese momento, una masa inmensa de color gris ascendió a la superficie desalojando una gran cantidad de agua, como un gigantesco submarino ruso emergiendo a la superficie. Entonces lo entendió. Aquel gigantesco y bello animal, tan antiguo como los mares, miró con su pequeño ojo al barco con el que había quedado en indeseado vínculo, quedando privado de la libertad que la inmensidad siempre le había concedido. Aquella mirada no provenía del demonio con el que, en un primer momento, pensaba el capitán que estaba luchando. Era una mirada noble, salvaje, inteligente, profunda como su hogar profundo. Al poco, como un géiser situado en su dorso, una columna de agua ascendió tan alto que al caer las gotas los rayos del sol las atravesaron creando un pequeño y fugaz arcoíris dibujado en el aire. La red podía verse claramente enganchada en su boca. Entonces, mientras se desvanecían las últimas pinceladas difusas de color, aquel inmenso dorso gris que reflejaba el sol con un brillo cegador, comenzó su inmersión de nuevo. Parecía que había sido completamente engullido por las oscuras aguas cuando una enorme cola se les apareció como un ave mitológica mostrando su espectacular envergadura, para terminar golpeando violentamente la superficie en una vertiginosa caída.

Durante todo ese tiempo, tanto el capitán como los muchachos habían permanecido inmóviles frente a semejante espectáculo de la naturaleza. Pero un nuevo y brusco tirón tambaleó sus cuerpos y les devolvió a la realidad. El descenso vertical del imponente animal hundía la popa del barco dejando la quilla de proa al descubierto que se alzaba al cielo como un caballo salvaje sobre sus patas traseras. El casco se retorció y los crujidos de las tablas amenazaban la integridad de aquel viejo barco. El agua

comenzaba a entrar por las escotillas inferiores hacia la bodega y la inclinación de la cubierta arrastraba a los marineros que a duras penas se mantenían agarrados. En ese momento, el capitán logró salir del puente de gobierno, agarró con fuerza el mango de un cuchillo que alojaba en el interior de su chaqueta y se lanzó al agua. Como si de una puerta espacio-temporal se tratase, el tiempo se ralentiza bajo la superficie, el sonido se amortigua filtrando los gritos y la agitación exterior, los rayos de sol penetran y se difuminan como absorbidos por la oscuridad interior. Bajo sus pies, la figura mastodónica de la aleta caudal oscilaba majestuosa hacia las profundidades. De pronto, un canto resonó ocupándolo todo. Una profunda vibración embriagadora como un lamento triste estremeció al capitán, haciéndole volver a la realidad. Inmediatamente, con la destreza de un animal marino, cortó las cuerdas liberando así a la ballena que ya desaparecía lentamente como un alma errante en peregrinación hacia los fondos abisales a los que pertenece.

Jonás, su cuidador, posa levemente la mano sobre su hombro. –Vamos capitán, es hora de irse- dice dulcemente mientras agarra con la otra la silla de ruedas-. Hace muchos años que las únicas aguas que el capitán surca son las de sus recuerdos. Su aspecto dista mucho de aquel aguerrido marinero. Aunque anciano y ajado, conserva su profunda mirada azul y su inseparable y descolorida gorra. Sus piernas dejaron de acompañarle y poco a poco la demencia fue apoderándose de él. Diariamente, el joven muchacho le lleva hacia los acantilados y sólo en ese momento, cuando el vasto mar aparece frente a sus ojos, el capitán levanta la cabeza y su rostro se ilumina con una sonrisa que permanece, como su mirada fija, sobre el infinito horizonte. Ahí es cuando el capitán vuelve a navegar las aguas de su mar azul. Sus recuerdos incompletos ven rellenadas sus oquedades con fantasías, y cada día vuelve a tripular su viejo compañero de aventuras. Él vive cuando siente al mar, y la mar le da a su vida el sentido.

Tras aquellas palabras de Jonás, sólo el sonido de las olas rompiendo bajo sus pies y el graznido de alguna gaviota ocupaban el aire. El mar, calmado y sereno, era el

reflejo de la ausencia de viento. Los rayos del sol de aquella despejada mañana de primavera avivaban los colores de aquel cuadro expresionista. Entonces, justo cuando se disponía a empujar la silla de ruedas, una cálida y húmeda brisa acarició el rostro del capitán, y como si de un hálito de vida se tratase, aspiró profundamente dejando su pecho henchido, se agarró con fuerza a la silla y con una voz potente dijo:

-¡Preparaos muchachos, se avecina una tormenta!